



Mi madre y yo tenemos Escoliosis desde jóvenes. Cuando yo tenía 15 años, ella empezó a ir al quiropráctico.

Fernando, mi hermano, ya estaba en tercer curso de quiropráctica en Madrid. Con su promoción, arrancaban los primeros estudios universitarios en España, ya que la cuna de la profesión está en Davenport, Iowa (EEUU). Mi padre, ginecólogo, investigó mucho para asegurarse de que era "algo fiable": Las hijas de un compañero suyo, graduadas en California tenían una consulta en Málaga, nuestra ciudad natal, por eso lo conocíamos. Mi madre empezó a ir: Ella tiene una escoliosis idiopática avanzada desde jovencita. Cuando era pequeña, mis abuelos la llevaron al médico y éste le dijo que no podía seguir yendo a la escuela de ballet, le mandaron un collarín. Haciendo caso dejó de bailar, que era su pasión (algo que a día de hoy aún nos recuerda). Años más tarde, su curva empeoró por la llegada de la menopausia. Aquello le provocaba dolores muy fuertes y la preocupación de volver al médico, y que le volvieran a dar una mala noticia.

Empezó a ir al quiropráctico y mejoró mucho. Insistía en que le acompañara y le decía que no. No quería que me pusieran corsé y se rieran de mí en el cole. Era la más alta de mi clase, incluso más que los chicos, y eso me acomplejaba mucho. Para intentar esconderlo, adoptada las posturas más raras posibles. También en casa: Tengo tres hermanos varones y desde pequeña andaba escondiendo el pecho cuando empezó a salir, los pelitos... Lo único que me faltaba era esconder también el corsé, pensé.

No me escapé mucho más tiempo, por suerte. Años más tarde yo también empecé a estudiar quiropráctica y uno de mis profesores en la universidad, me mandó a ajustarme con los compañeros de último curso, me dijo que me quitara la idea del corsé.



Me saltaré muchos detalles del proceso para contártelos cuando nos conozcamos, pero a día de hoy mi curva no ha progresado ni un grado, la "joroba" desapareció y eliminar mis vicios posturales no solo me ayudó físicamente, sino que mi actitud y seguridad cambiaron radicalmente.

Coincidencias de la vida, mi primer trabajo una vez graduada, fue en un centro especializado en Escoliosis en Madrid, donde la mayoría de las pacientes eran chicas jóvenes: Desde curvas muy leves hasta casos severos, con rotación o sin, con dolor o asintomáticas. Aprendí mucho de ellas y, sobre todo, a valorar la suerte que había tenido de dar con la tecla a tiempo, sabiendo que en España ir al quiropráctico hace años era aún más improbable. En cuanto a las chicas, acababa de vivir lo que ellas estaban viviendo, no hacía falta que me explicaran sus miedos, complejos, dolores... Empecé a enamorarme de mi profesión aún más con sus historias, Imagina cómo me hacía sentir ver que la quiropráctica les ayudaba también a ellas. Definitivamente aquello ya había creado el boceto de lo que sería, algún día, mi proyecto.

Mi siguiente paso como quiropráctica fue trabajar en un centro cerca del sur, de mi casa, al que acudía gente de toda clase y edad. Es cierto que trabajamos como locos, ajustando a mucha gente y si saco un mensaje claro de eso es que la quiropráctica puede cambiarle la vida a cualquiera. Aunque todo el mundo es bienvenido y la evolución de un paciente siempre, siempre es motivo de celebración, te confieso que siempre he tenido un cariño muy especial por un grupo en concreto, una TRIBU, que tiene un "tatoo" en la espalda en forma de S o de C y alma de guerrero@.

Sabía que ell@s tendrían un lugar especial en mi consulta.



Soledad Azumendi
DOCTORA EN QUIROPRÁCTICA